



En el paseo Sagasta quedan edificios modernistas, está la Confederación Hidrográfica del Ebro y tiene su estudio José Manuel Pérez Latorre, un arquitecto que posee un discurso largo, sin cunetas, erógeno; un arquitecto que ha fumigado la ciudad con algunos de sus proyectos

FERNANDO SANMARTÍN Y ZARAGOZA

Víctor Juan
José Luis Melero

Fotografías: Vicente Almazán

RETRATO DE FERNANDO SANMARTÍN¹

Me gustan muchas cosas de Fernando Sanmartín: me gusta su elegancia antigua, su porte distinguido, su capacidad de entusiasmarse por las cosas más nimias y que todo lo que le cuentes le apasione; me gusta la atención que presta cuando se lo cuentas, me gusta verlo ilusionarse y que ponga cara de niño en noche de Reyes cuando le hablo de algún poeta raro, de algún libro raro, de algún proyecto absurdo y disparatado que él y muy pocos más entienden y valoran; me gusta su fidelidad a los amigos (a Adolfo Ayuso, a Nacho Fortún, a tantos otros) y que le interesen como a mí los saberes no codificados y no previsibles (que le gusten los caballos y apostar en los hipódromos, que le gusten los sobres y el papel de los hoteles, visitar tiendas de antigüedades náuticas en Lekeitio, ver el fútbol en La Romareda con su hijo...); me gusta que le gusten las primeras ediciones de los libros de poesía que nos gustan, que le gusten muchos de los mismos autores que me gustan (Llop, Jordá, Bonet, Modiano, Fernando Ferreró, Trapiello, Álvaro Valverde), que le guste la buena prosa y la practique; me gusta que le guste la pintura y que escriba de vez en cuando sobre ella; me gusta que suba como yo al Pirineo (bueno yo no subo ya casi nunca, pero he subido mucho) y que como a mí le guste viajar una o dos veces al año al extranjero; me gusta que tenga ese toque cosmopolita y de viajero culto del XIX. Yolanda y yo pasamos muchos veranos enteros fuera cuando los niños eran pequeños: Roma, París, Londres, Ámsterdam... En 1993 nos fuimos con Ignacio Martínez de Pisón y familia a Edimburgo. A Yolanda, que el año anterior había ganado la cátedra, le habían dado una buena beca para pasar allí el verano, alquilamos una

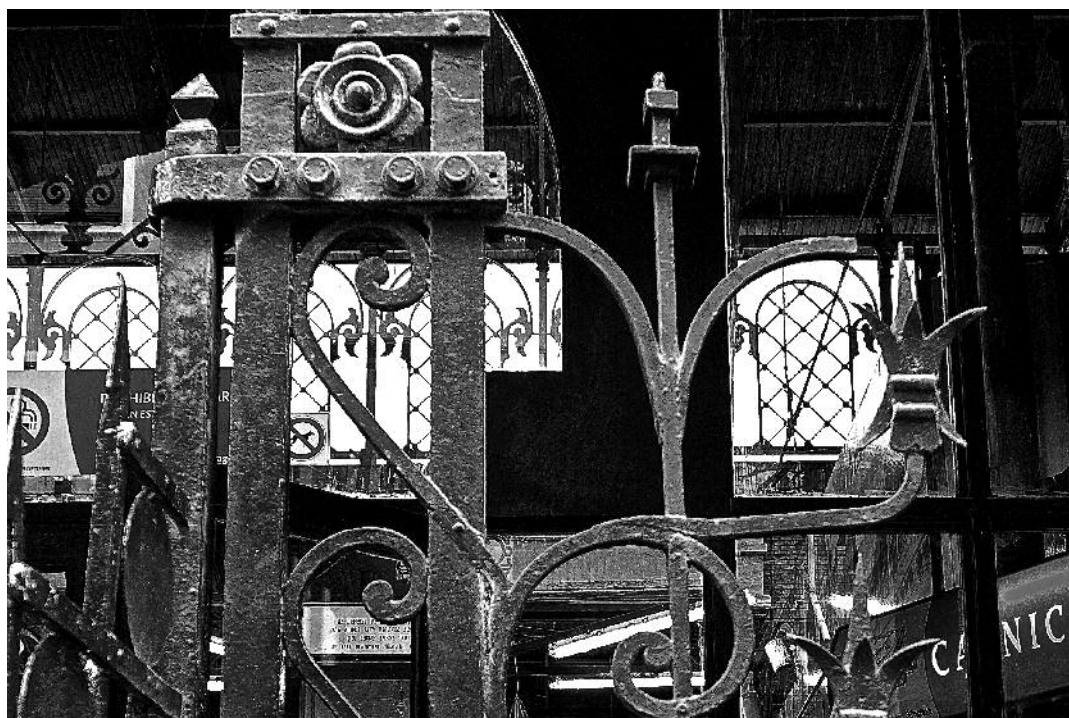
1. José Luis Melero y Víctor Juan prepararon estos textos para la presentación de *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*, (Xordica) en el Café 7 de Copas de Zaragoza, el 7 de marzo de 2014. Los pies de foto están tomados literalmente del libro de Fernando Sanmartín.



gran casa y nos fuimos las dos familias juntas. Mi mujer trabajaba y los demás holgazaneábamos. Vamos, lo habitual. Allí nos encontramos a Fernando. Por la calle. De casualidad. Ni él sabía que estábamos allí nosotros ni nosotros sabíamos que él estaba allí. Desde luego no encontramos en Edimburgo a ningún otro conocido, ni de Zaragoza, ni de Barcelona, ni de ningún otro sitio: solo a Fernando Sanmartín. Me gusta que Sanmartín haya escrito un diario zaragozano como éste, porque me gusta que lo zaragozano esté siempre unido a lo mejor y a lo más europeo. Me gustan sus libros, todos sus libros, sus trece libros ya, que casi siempre leo antes de que se impri-



Doy un recital de poesía en la Campana de los Perdidos, local de andadura larga que se encuentra en la calle Prudencio (La campana 01)



El Mercado Central parece un espejismo

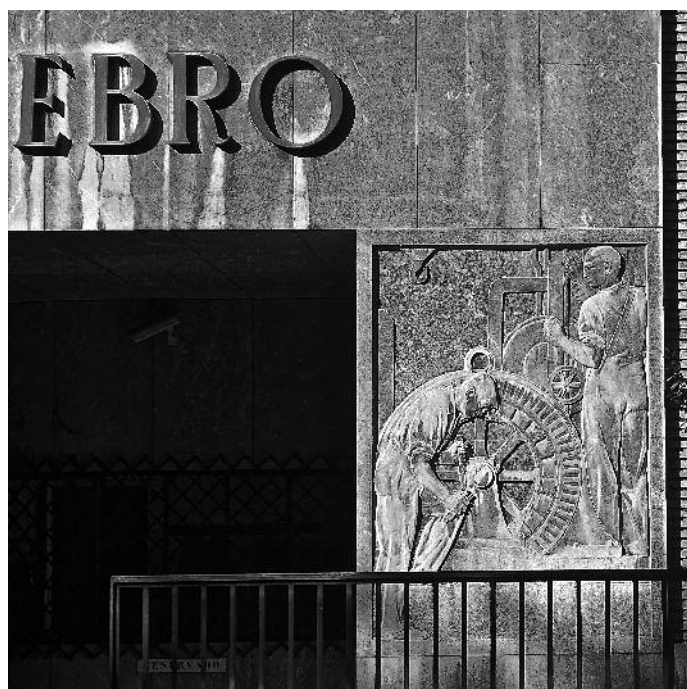
man, y me gusta mucho cómo los titula: *Los ojos del domador*, *Infiel a los disfraces*, *El llanto de los boxeadores*, *Heridas causadas por tres rinocerontes*, *Hacia la tormenta...* Compárenlos con *Leer para contarlo*, *La vida de los libros*, *Escritores y escrituras*, *Los libros de la guerra...* y comprenderán por qué admiro su facilidad para titular. Me gusta que le gusten mis amigos, que admirara a Labordeta (a quien un día le regalé un largo paseo con Fernando), que sienta debilidad por la gente agreste y poco convencional, que escriba de Pilar López Villa, David Mayor o José Manuel Marraco, y que quiera como yo a Javier Aguirre. Me gusta que le gusten los arrabales y las mujeres hermosas. Me gusta que le gusten los perdedores. Me gusta que sea un abogado con alma de contrabandista, como escribió de él una vez Julio José Ordovás. Me gusta que haya educado tan bien a su hijo y que Yorgos sea siempre tan cariñoso con los amigos de su padre. Me gusta que tenga el valor de pedirse en los bares *Fantas* y *Aquarius* de limón, siempre sin hielo, y que lo haga sin ningún pudor ni vergüenza, sin inmutarse, como si fuera lo habitual. Hay que tener mucha personalidad para pedir una *Fanta* como si tal cosa. Me gusta que tenga personalidad y criterio, y que eso sea precisamente lo que le distinga como director de la colección «La gruta de las palabras» de las Prensas Universitarias de Zaragoza. Me gusta que sea tolerante con todos, que no sea sectario y que no recuerde las injurias ni los agravios. Me gusta que convierta en poesía lo que toca. Me gusta que sea un poeta zaragocista y que suba a la vieja Romareda como hacían Miguel y José Antonio Labordeta, como hacía Félix Romeo y como hace ahora Nacho Escuin. Me gusta que escriba libros mínimos, inclasificables muchas veces, porque esos libros son siempre los que más nos gustan a los dos. Me gusta que compartamos muchas semanas página en *Heraldo de Aragón* y que los dos sigamos escribiendo allí por cariño y lealtad a Antón Castro. Y me gusta que no lo gusten las despedidas de soltero en un puticlub.

Me gusta el aplomo, la serenidad y la valentía que demostró cuando la vida le corneó amargamente y me gusta que recuerde siempre que sus amigos nunca lo dejamos solo. Me gusta sobre todo que aquella cornada hoy sea solo un recuerdo con final feliz.

Me gusta que le guste Zaragoza y que le haya dedicado este libro. Lo mejor es que a Zaragoza la quieran los mejores. Para que nunca puedan volver a escribir aquello tristísimo de que Zaragoza es una «ciudad de curas y militares, una madrastrona». No hay nadie más lejos del chovinismo que Fernando. Lo hemos dicho muchas veces y hasta lo escribió nuestro llorado Félix Romeo: nos gusta Zaragoza porque aquí viven las personas que queremos. Zaragoza no es nada especial ni distinta a otras ciudades por sí misma. Es lo que es por razón de la gente que vive en ella. Si en Zaragoza hay poetas y novelistas interesantes, si hay pintores y músicos interesantes, si hay catedráticos, abogados, periodistas, actores o arquitectos interesantes, Zaragoza será interesante. Y si en Zaragoza no viviera gente interesante, Zaragoza dejaría de interesarnos y de ser atractiva para nosotros. Por eso sorprende siempre que algunos de los zaragozanos más interesantes digan que Zaragoza no es interesante. Es tanto como decir que sus habitantes, es decir, ellos mismos, no son interesantes. A no ser, claro,



José Luis Melero, Fernando Sanmartín y Víctor Juan en la presentación de *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*



...El Ebro, ese río teósofo y abecedario, se adueña de nosotros

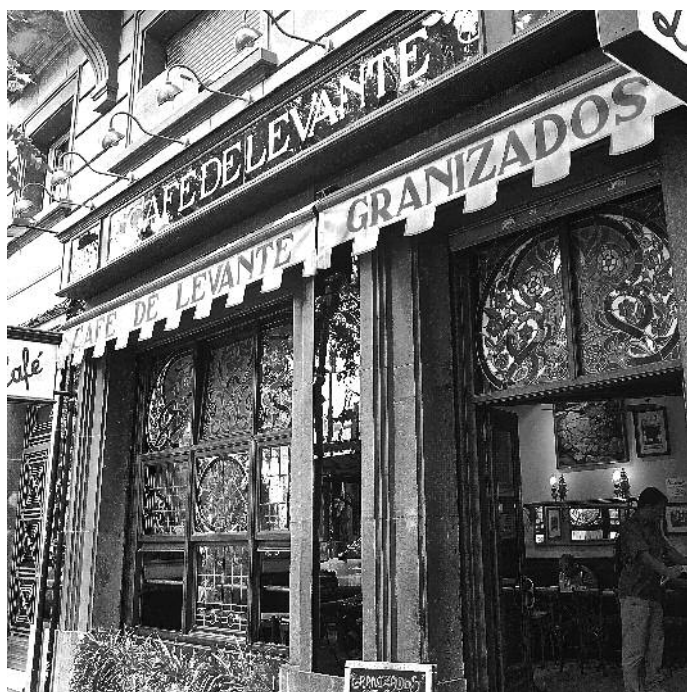
que piensen que ellos son lo único interesante de la ciudad. En cualquier caso, a nadie se le obliga a quedarse aquí, ya se sabe. Fernando no es de los que creen ser los únicos interesantes. Me gusta que Fernando crea que esta es una ciudad abierta, plural, en la que caben todos y en la que hay sitio para todos. Me gusta que a los mejores como Fernando no les dé vergüenza hablar de Zaragoza ni dedicarle algunos de sus mejores libros. Y es que, ¿cómo iba a sentir vergüenza para hablar de Zaragoza alguien que no la tiene para pedirse un Aquarius o una Fanta? Me gusta saber que si aún existiera la Mirinda, Fernando se la pediría, se pediría una Mirinda de naranja. Y me gusta que en este libro Fernando hable de su vida en Zaragoza, que es lo mismo que hablar de mi vida en Zaragoza: el puente de los gitanos, junto al que viví de niño, el Huerva, Sagasta, el Colegio Mayor Universitario La Salle donde estudié y donde cantó Labordeta... Y que todo ello lo convierta en literatura. Me gusta que haga literatura con su vida.

Y me gusta que, como ha podido verse, no pueda hablar de Fernando sin hablar de mí. Nuestras vidas se entrecruzan y están moderadamente unidas (él lo hace todo moderadamente) desde que éramos muy jóvenes. Me gusta que llevemos toda la vida juntos. Yo, que fui siempre más lector que escritor, colaboré en sus revistas a petición suya (*El Bosque*, *La Expedición*), y él ha colaborado siempre en mis cosas. Me gusta que un poema suyo se publicara ya en el número 2 de *Rolde*, allá por 1978, hace treinta y seis años, y que en el próximo número vuelva a escribir como tantas veces lo ha hecho. Me gusta recordar que en los setenta y en los ochenta escribió en *Rolde* sobre el Zalmedina, el Compromiso de Caspe, los Fueros de Aragón, Veruela o Andrés de Li, un raro escritor aragonés del siglo XV. Me gusta que fundáramos juntos a finales de los setenta una revistilla de poesía, *Crótalo*, cuando éramos poco más que unos mozalbetes. Y me gusta que tantos años después esté aquí hoy yo presentando este libro. Me gusta que nos queramos, si no apasionadamente (que Fernando no es mucho de pasiones) sí muy firmemente, porque Fernando sí es hombre de afectos sólidos y firmes. Me gusta pensar que cuando algún raro Melero del futuro estudie esta época de Zaragoza, su nombre y el mío, junto al de tantos amigos como estáis hoy aquí, saldrán muchas veces juntos. Me gusta que, al final, la vida sirva para vivir momentos como éstos.

José Luis Melero



Al café de Levante le falta, eso sí, una echadora de cartas



Nada lejos del paseo de Sagasta se encuentra el café de Levante... Allí se reunían poetas con esguinces y urgencias

LA ZARAGOZA DEL GENERAL SANMARTÍN

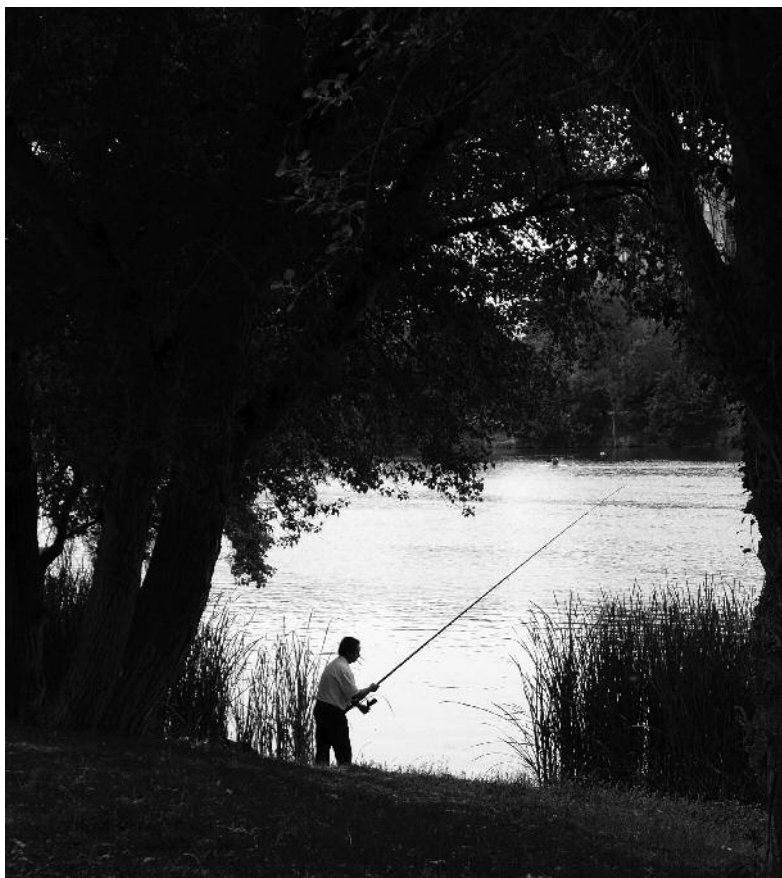
Una de las promesas que más firmemente hubiera querido cumplir es, precisamente, la de no presentar jamás, bajo ningún concepto, un libro con Pepe Melero. Pero aquí me tienen, interviniendo en una presentación en el peor escenario posible: justo después de que Pepe haya estado, como siempre, brillante, tierno, original, divertido y certero. Pero no me importa. A Fernando Sanmartín siempre le diré que sí. Cuando Fernando me invitó a participar en la presentación de sus *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow* me hizo muy feliz. Yo hubiera aceptado aunque hubiera tenido que presentar el libro en compañía de Mejuto González o del mismísimo Belcebú. Debo confesarles que estoy muy preocupado porque no me gustaría que, tal y como cuenta en sus *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*, Fernando estuviera deseando no haber venido a la presentación de su propio libro porque mis palabras le aburrieran o me extendiera demasiado en detalles innecesarios o me dirigiera a ustedes con palabras propias de una rechifla.

Seguro que muchas veces se preguntan, como yo mismo, qué piensan los poetas cuando van en bicicleta. Esta es la duda que me consume cuando veo a Fernando Sanmartín pedalear por la Avenida Goya, camino de su casa. En este libro he encontrado la respuesta. Fernando cuando va en bicicleta mira la ciudad y nos devuelve una Zaragoza interiorizada, una ciudad vivida y proyectada, una ciudad amada a pesar de los abandonos, la desidia y «sus dolencias hepáticas», por utilizar sus propias palabras.

Para mí los libros de Fernando tienen, al menos, dos características. Tanto en la tristeza como en la alegría, el autor se nos muestra como un autor equilibrado. Con motivo de la presentación de su novela *Te veo triste* escribí que si Fernando fuera un personaje de película sería Atticus Finch, el abogado que asume como un compromiso moral la defensa de un hombre negro a quien todos creen culpable en *Matar un ruiseñor*. Atticus representa la rectitud, el valor de las convicciones que defenderá desde la firmeza de los débiles, lejos de la prepotencia, la imposición por la fuerza o el insulto. En *Notas de Zaragoza del capitán Marlow* también descubrí a Atticus Sanmartín.

Otra de las notas características de la escritura de Fernando es la sobriedad. Quizá sea por el paisaje estepario en el que se levanta Zaragoza, por el desierto que sitia la ciudad, y que nos ha hecho suaves como la arcilla y duros del roquedal, tal y como nos cantó José Antonio Labordeta.

En esta crónica de Zaragoza están presentes el Mercado Central, el Ebro con su pozo de San Lázaro, el Pilar y Santa Engracia, El Plata, el Café Levante, los parques, las calles, las plazas y los paseos, los bares, las terrazas y los restaurantes. Junto a



Fernando Sanmartín: «Escucho el mar y pienso que si no pudiera volver a mi ciudad el dolor me volvería loco»



La gran vía de Zaragoza tiene algo que no tienen otras, por debajo hay un río, el Huerva, un río oculto, un río tapiado

Tabernillas y La Ontina, Fernando se detiene en Casa Emilio donde, según nos cuenta, las cenas son una mezcla de timba, manicomio y humor.

Somos las ciudades en las que vivimos porque las ciudades nos construyen por dentro y dibujan nuestros límites. Por eso en *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*, Fernando Sanmartín nos habla de lo que somos, del amor, de la amistad, de la infancia, de los años de estudiante en la universidad, del Real Zaragoza... De la evolución darwiniana que ha convertido bares en farmacias, un colegio mayor en residencia de ancianos, y ha hecho desaparecer una bolera en la que había un camarero que a Fernando le resultaba «borde, chepudito y mamón».

Nos buscamos en las ciudades. Buscamos al niño que fuimos, al joven que descubría la vida. Buscamos la pasión de los primeros besos y las ilusiones perdidas. Buscamos la inocencia y el recuerdo de las personas que se nos fueron. Las ciudades son, fundamentalmente, los amigos que viven en ellas. Y Fernando Sanmartín nombra a muchos, a muchísimos y lo hace con la generosidad que tienen los hombres buenos.

Hay en *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow* mucho humor. Basta con traer aquí una muestra:

«A José Echegaray, pobre Echegaray, le dieron el premio Nobel en 1903 y hoy deberían darle un premio a todo el que lo leyera».

«Subir a un autobús urbano me relaja, como el yoga, aunque nunca haya hecho yoga».

«Todos escondemos algo: metáforas, frustraciones, deseos sexuales con la vendedora de perfumería, lecturas inútiles, un antepasado vampiro...».

En estas *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow*, el lector encontrará varios desnudos integrales de Fernando Sanmartín, y no me refiero exclusivamente al de la noche que se bañó en cueros en la piscina del polideportivo Salduba, después de aprobar un examen de Derecho Penal y saber a qué atenerse si le pillaba la policía.

Las mujeres de este libro son muchachas longilíneas, de rostro suave, inteligentes, mujeres que merecen la felicidad y merecen que las quieran, mujeres rebeldes



En 1971 un autobús lleno de personas llegaba a Zaragoza. Era diciembre. El autobús rompió la barandilla del puente de Piedra y cayó al Ebro, con todos sus pasajeros. Una tragedia. Fue el azar y sus juegos de trilerio



Ismael Grasa. Lo veo con frecuencia porque estamos juntos en La Romareda y nos abrazamos con Yorgos, mi hijo, cuando el Real Zaragoza marca un gol

sin causa, mujeres que son una tesis sobre el deseo, mujeres que convertían el instinto básico de poeta de Fernando Sanmartín en el instinto de un peón caminero; mujeres que suben a una bicicleta para llegar a una cita, a un restaurante o a una conclusión.

En este libro las cosas siempre son, no parecen. Las imágenes perfectas, son –como sabemos– otra de las señas de identidad de la escritura de Fernando:

«Un hijo es un país lleno de gladiadores que lucharán a nuestro lado o contra nosotros»

«La bicicleta es la verdad. Un principio socrático».

«La enfermedad es una puerta giratoria de la que se sale».

«La oscuridad es una novia que se viste de negro».

Antes de escribir sobre Zaragoza, Fernando escribió sobre otras ciudades. En estas *Notas sobre Zaragoza del capitán Marlow* hay referencias a París, Amman, Bruselas, El Cairo, Leningrado, Milán, Helsinki, Madrid, Barcelona, Tetuán... Quizá hay que patearse medio mundo para hacer una declaración de amor a Zaragoza tan rotunda como la que hace Fernando en este libro: «Escucho el mar y pienso que si no pudiera volver a mi ciudad me volvería loco».

El único de mis amigos que bebe Fantas es Fernando, pero quiero dejar bien claro que no es un pagafantas. Yorgos, Ismael Grasa y Fernando se abrazan en La Romareda cuando el Zaragoza mete un gol. Últimamente se abrazan poco, es cierto, pero hay que tener paciencia. Estoy firmemente convencido de que dentro de unos años Fernando publicará una edición aumentada de estas notas sobre Zaragoza y nos contará que tomó una Fanta de naranja (doble, en esta ocasión) para celebrar que el Zaragoza había ganado la Champions.

Se pregunta Fernando Sanmartín si los héroes de la resistencia contra los franceses que dan nombre a algunas calles de la ciudad serían hoy empleados de la Opel o dirigentes de Ibercaja. Quizá así sería. Lo importante es que él ya es un héroe de los sitios, un defensor de la ciudad. Ha hecho con nuestra ciudad, con nuestra querida Zaragoza, lo que los poetas hacen con la realidad: nos la ha devuelto más hermosa y ha conseguido que nos sintamos orgullosos de esta Zaragoza antigua y moderna, nuestra y de todos. Por eso Melero y yo hemos decidido nombrarle general. Y le imponemos en este momento, a cuatro manos, la insignia que le acredita como defensor de Zaragoza y del Real Zaragoza. Desde ahora, Fernando será el general Sanmartín y compartirá generalato con Melero, nuestro general de bibliotecas, en un tiempo en el que hay que velar por los libros, los cuentos y las palabras que dan sentido a nuestras vidas.

En sucesivas ediciones, Chusé Raúl Usón tendrá que darle a este maravilloso libro el título que realmente le corresponde porque lo de capitán Marlow estuvo bien para la primera vez. A partir de ahora este libro se titulará «Notas sobre Zaragoza del general Sanmartín».

Víctor Juan